

aligerarle un poco la carga, pues los sábados principalmente, tenía mucho trabajo y todo el día permanecía parado y terminaba con las manos destrozadas y los pies hinchados. Que supiéramos, él era el único sostén de la casa, pues don Ramón con sus reumas y su consorte siempre sentada a consecuencia de su desproporcionada gordura, no producían nada y sí consumían.

Sebas, sólo tenía una válvula de escape y gozaba al contarnos tres chistes y cuatro adivinanzas, siempre los mismos, con una candorosidad que a nosotros, aún niños, nos conmovía por su simpleza. Al escucharlo, fingíamos sorpresa y luego de vernos unos a otros forzando nuestras risas, terminábamos en verdad a carcajadas. Sebastián se regocijaba y reía con una risa sana, infantil y dale de nuevo a platicarnos el mismo chiste. La adivinanza más colorada y de más impacto era aquella de: "enmedio de dos cerritos salió un torito bramando" al unísono las gargantas se expandían para dar paso al torrente de gritos entrecortados por lágrimas, pues de tanto reír, llorábamos de gozo.

Salvador, irreflexivo y travieso fue el tremendo ocu-
rrente que logró clavar en la mitad del inocente y puro corazón de Sebas, el puñal de la pasión. ¿Cómo ocurrió esto? como suelen suceder las grandes cosas, los acontecimientos catastróficos, los temblores, y las tempestades que llegan sin previo aviso.

Una tarde que no había parroquianos, Salvador y Miguel se dieron a la tarea de "muletear" al figaro diciéndole entre otras alabanzas que era el más artista y el mejor peluquero de todo México, que sus manos eran un prodigio cortando cabellos y que las rasuradas dejaban la piel tersa y pulida. Tales vulgares adulaciones eran creídas y devoradas íntegramente por el cerebro de Sebas quien sonreía complacido y convencido. De pronto, el "cabezón" Salvador exclamó ocu-
rrente: ¿oiga, don Sebas y por qué no se casa usted con Graciela que lo quiere mucho? —¿qué, quién, Graciela me quiere?— balbuceó pálido y sorprendido el inocente figaro. Claro, a todos nos lo ha dicho y usted ¿por qué no la corresponde? terció osadamente Salvador. Un silencio pro-

longado y luego una voz hueca angustiada, pero visiblemente emocionada, repitió como hablando consigo mismo: —"Graciela, Graciela, me quiere"— y los pomos de perfumes, brillantinas y lavandas que estaba acomodando, con gran estrépito se hicieron añicos en el suelo. Y en el aire quedó flotando un sutil veneno. . .

VII

El incidente aparentemente inocente y sin consecuencias ya había sido olvidado por nosotros y como siempre el siguiente sábado por la tarde llegamos a nuestro favorito punto de reunión: "El Triunfador". Don Sebas estaba contra costumbre más parlachín y alegre; incluso algo extraño me llamaba poderosamente la atención y no sabía exactamente qué era. Poco a poco me fui dando cuenta que Sebas no era el mismo exteriormente, su negro y sempiterno pantalón, había sido sustituido por uno de color gris claro muy limpiecito y recién planchado. La camisa siempre adornada con unas costras antiguas en el cuello, era ahora alba e inmaculada, su rostro tenía también un algo distinto y su mirada antes preñada de temores y timideces lucía más viva; sus ojos estaban alegres y perspicaces denotando una inteligencia reveladora. En una palabra don Sebastián era o parecía otra persona; nunca lo vi tan feliz como entonces. Al repetimos por milésima ocasión la adivinanza de "agua pasa por mi casa, cate cate de mi corazón" parecía que el alma se le quería salir por la boca al pronunciar la palabra corazón. ¿El motivo? ¿cuál era la causa de cambio tan marcado en una persona austera, triste y simple? De súbito, se me heló la sangre al recordar las últimas palabras del sábado anterior, las cuales retumbaron como un eco en la cabeza: ¡"Graciela, Graciela me quiere!". ¿Qué acaso el pobre viejo había creído de veras lo que sin pensar dijera el atolondrado Salvador? Mis dudas pronto se disiparon al hacerme una discreta seña para que lo siguiera, poniendo de pretexto ante los demás muchachos que me iba a hacer un encargo. Traspusimos la puerta de la peluquería que daba acceso al corredor y nos encaminamos hacia el fondo, al humilde cuartucho que

servía de vivienda a Sebastián. Al pasar por el patio vi de reojo a doña Esthercita arrullándose en una vieja mecedora con un gato en el regazo y también alcancé a mirar a don Ramón tirado cuan largo era, en un camastro de garigoleados tubos de latón. Al entrar en el aposento sentí lástima y asco, salvo el catrecito todo lo demás era desorden y suciedad, pensé un poco dolorosamente, que Sebastián, un ser humano, era allí otro objeto desvencijado que formaba parte de aquel concierto de cosas abandonadas. Las manos de Sebas hurgaron nerviosamente el vientre de un viejo ropero que tenía roto el espejo y sacaron un pequeño envoltorio cuidadosamente amarrado con unas cintas blancas y en tono bajo, confidencial y misterioso me dijo: —Mira Carlitos, te voy a rogar que por favor entregues este presente a Graciélita— y te suplico. —agregó— no les digas nada a los muchachos.

Yo me quedé estupefacto con el paquetito en mis manos e incrédulo repetí —¿a Graciélita don Sebas? —Sí, a Graciélita y dale también esta cartita —sacando de abajo del colchón un pequeño sobrecito color de rosa.

Todavía no salía de mi asombro cuando antes de cerrar la puerta de su vivienda, don Sebas, con ojos suplicantes y casi llorosos, me dijo —Por favor Carlitos, guarda bien esas cosas y dáselas lo más pronto a Graciélita.

“Graciélita”, “Graciélita”, me fui repitiendo por el camino de regreso a la peluquería. Afortunadamente ya los chicos se habían ido y no tuve necesidad de darles explicaciones. Don Sebas ayudó a subir al chirriante sillón de trabajo a un señor obeso y me despidió con una palmadita en la espalda poniendo en trance sus ojos saltones que parecían decirme: “cumple tu encomienda y corre, corre a entregar mi encargo, a ti te entrego mi secreto, dáselo, dale mi corazón a Graciélita, a Graciélita...”

VIII

“Graciélita, Graciélita”. Como un martillo incesante se sucedían las palabras en el subconsciente durante el sueño. De

vez en cuando despertaba sobresaltado y como un ladrón que no quiere dejarse sorprender, checaba y volvía a checar que el paquetito estuviera en su sitio y la carta también. Había escondido aquellos objetos encomendados a mi custodia, atrás de unos libros viejos y voluminosos, ya que esa noche no pude localizar a Graciela y aunque hubiera querido cumplir con la misión, no hubiera sido posible por la repentina irrupción de fuerte chubasco. Sin serlo, me sentía un delincuente. El hecho de guardar un secreto me hacía temblar de emociones desconocidas entonces para mí. Por vez primera había ocultado a mi madre una confidencia y esto me hacía sentirme incómodo en mi interior. Era como haber cometido una falta o un pecado y no haberlo confesado. Siendo ya un adolescente y no habiendo aún sentido el cosquilleo de amor, ni el aguijoneo de la premura sexual, ahora me atacaba de improviso una curiosidad por aquellas cosas a las cuales no les daba ninguna importancia. Es más, no me había puesto a pensar en la tremenda distancia de años que llevaba Sebastián a Graciela, sólo veía a un hombre y una mujer —casi una niña— que estaban enamorados y consecuentemente tendrían que casarse. Esas ideas eran la médula de lo que revoloteaba en mi cabeza de niño y me hacían gozar el misterio de ser una especie de cupido entre dos almas. Lo que me inquietaba interiormente era el hecho simple de no comunicarle a mamá lo que me estaba pasando, pero, aún sin malicia, yo intuía que eso no le hubiera gustado a Sebas. El me había prevenido de no decirles nada a los muchachos y quizá le molestaría que lo supiera mi madre. Esa era precisamente mi lucha. ¿Por qué tenía que ocultárselo a mamá?

Antes de que amaneciera ya estaba levantado y fui a sacar del escondite la carta y el bultito. Los miré detenidamente y observé que el sobre estaba mal pegado y de inmediato comprendí que la humedad que trasminaba por la pared del escondrijo había reblandecido la goma y abierto la carta. Me asusté tanto que debí de haberme puesto pálido. —Y ahora qué hago, me repetía con angustia de culpabilidad. En esos precisos instantes de desesperación y con aquel sobre

en mis manos, hizo su aparición mi madre que portaba en las suyas una taza de té de limón, yerbabuena y canela, dizque para el resfriado. Al verla tan de improviso me dio un salto el corazón—y el cuerpo creo que también— pues mi madre al verme tan sorprendido, se asustó y dejó caer la humeante taza que se quebró en el suelo haciendo gran estrépito. —¡Qué tienes hijito, qué te pasa!— me preguntó abrazándome con mortificación. —Nada mamá, no me pasa nada, lo que sucedió fue que entró usted tan de repente que me espanté. —¿Y por qué te amedrentas conmigo? replicó, clavando sus ojos en la carta que aún conservaba entre mis dedos.

... Y ahora sí que se me nubló la vista y me tembló todo el cuerpo...

Cuando prácticamente volví en mí, contemplé a mi madre mirándome dulcemente con una sonrisa enigmática y tierna.

Con voz apenas perceptible murmuró: —comprendo, comprendo hijito, ya tienes edad para ver a las muchachas y escribir cartitas, las mariposas antes de serlo, son capullitos de seda y tú ya saliste del cascarón. Y así como llegó, se fue de nuevo a sus quehaceres dejándome perplejo.

Apresuradamente volví a pegar el sobre con la goma que tenía entre mis útiles escolares. Aunque mi madre se llevara la impresión de que había dejado de ser un niño, daba gracias al cielo de que el secreto de Sebastián permaneciera incólume...

IX

Era en verdad una tarea desagradable hacer entrega del mensaje de Sebas a Graciela, no porque fuera difícil verla, sino porque yo comprendía que aquella muchacha aunque coqueta y ligera, no sabía nada de la broma dicha por Salvador al acaso y sin ninguna meditación y que tan honda huella dejara en el alma del crédulo peluquero.

Mucho me mortificaba y a la vez extrañaba que nadie salvo yo, se diera cuenta del cambio operado por Sebastián en solo una semana de manifestada la insensata revelación. Ese hombre era otro. Aquella triste figura sin aspiraciones ni ambiciones, que llevaba una existencia incolora, insípida, monótona, de pronto, con una mentira al parecer intrascendente, se había convertido, gracias a la inocencia y simplicidad, en un hombre que aún conservando intacta su pureza y su candor, había oído repiquetear por vez primera en su corazón, las campanas siempre inspiradoras del amor.

En cuanto a Graciela, la tal Graciela era la muchacha más descocada del barrio, había desfilado como novia de todos los hermanos mayores de mis amigos. Alta para su edad, tenía dentro de aquella cara redondeada unos ojos picarescos, ora adolescentes, ora inundados y desbordados de súplica amorosa. Su cuerpo sin ser perfecto, tenía la armonía de las curvas juveniles y su pecho las turgencias de una matrona. Era para el aún carente de malicia, un espectáculo verla caminar por la calle meneando atrevidamente sus caderas, pero para los ya iniciados, aquello era el acabóse. Las miradas lúbricas seguían aquellos pasos dándole vuelo a la imaginación.

Actualmente se le veía acompañada por un chofer de un camión de carga del cual estaba, al decir de sus amigas, completamente "chiflada". Era Graciela la hermana de Javier, un jovencito como nosotros, muy seriecito, muy formalito, paliducho y con una pasta de sacerdote que no podía con ella. El tiempo se encargó de confirmarlo. Llegó a cura.

En cuanto a la hermanita, ya "pintaba" desde chamaca. Y el tiempo poco después, sentenciaba sus pasos. Acabó en mujerzuela.

Pero nos hemos salido del tema en divagaciones. Volvamos los ojos a la edad color de rosa, olvidémonos de las crueldades de la vida y no adelantemos las manecillas del tiempo...

Misterioso como un ratoncillo, dejé en las manos de Graciela el paquete y la carta —y ...¿esto? preguntó entre sor-

prendida y curiosa—. Mira, es un encargo de don Sebastián, —parece que el pobre viejo te quiere—, agregué de mi propia cosecha.

¿De quién? ¿de ese mugroso peluquero? y entonces para darse importancia delante de las muchachas que la acompañaban, empezó a soltar tales carcajadas que por un momento me pareció que aquella risa era de un ser desequilibrado, de una loca.

Al instante comprendí que había cometido una muy grave e irreparable equivocación. Nunca debería haber puesto en tales manos un obsequio y una tierna o al menos sincera misiva que provenía de un inocente. Con el apresuramiento de cumplir con la encomienda no reparé en el gran daño que sin querer le iba a causar a Sebastián. Sabía a pesar de mi poca experiencia, que Graciela aunque muy joven aún, ya era una maestra muy avezada en las artes del amor y del engaño. Había pasado, como lo apunté antes, por los brazos de algunos hermanos mayores de mis adolescentes amigos y era ya, toda una pájara.

—Abrelo, ábrelo, dijeron a coro las voces de Lili, Alicia y Martha, muertas de curiosidad—. Graciela, de un brusco tirón arrancó el ridículo moñito arrojándolo al suelo y entonces, ante los pasmados ojos apareció un esplendoroso objeto como especie de broche o prendedor, que tiempo después supe era un auténtico camafeo pompeyano. Tenía grabada una hermosa carita de una jovencita con bucles que le caían sobre los hombros con un color marfil de tintes rosados y alrededor, haciendo marco a tan bello rostro, unas piedrecitas blancas muy refulgentes que despedían destellos violeta al darles la luz. Como es fácil suponer, también luego me enteré de que aquellas piedras eran limpiísimos diamantes de un valor incalculable.

Luego, aquella salvaje, sin ningún miramiento, rompió el rosado sobrecito y empezó a leer en voz alta el contenido de la secreta e íntima misiva juntando su cabeza con las demás muchachas que formaron un círculo del cual salían y se oían entre grandes carcajadas, unas cuantas palabras sueltas, pues

las risas estentóreas ahogaban la lectura... “era de mi abuelita”... “diste luz a mi alma triste”... “te amo con todo mi corazón”... y já... já... já... já...

Aquellas risotadas me taladraban en verdad el alma. Sentí un odio jamás experimentado en contra de aquella descocada.

Pero la vida tenía que continuar con sus alegrías y sinsabores...

X

El sábado como de costumbre, hicimos nuestra bulliciosa llegada al local que servía de centro de trabajo a Sebastián. Nuestro arribo, era visto con malos ojos por las gentes de edad que nos reprendían y chistaban.

“El Triunfador” estaba repleto de clientela que esperaba turno para confiar su barba o su cabellera, a las manos expertas del “artista Sebas”, quien más jubiloso y optimista, nos recibió con elocuentes guiños y una alegría afiebrada. Mientras cumplía sus deberes mochando, tijereteando y peinando, me volteaba a ver con impaciente ansiedad tratando de adivinar en mi rostro algún indicio revelador de que la misión había sido cumplida y desde luego con éxito, pues la cara de él, así lo requería.

También y como era ya sabido, los gritos de don Ramón interrumpían la tarea del buen hijo, quien presuroso, con su pantalón y camisa relucientes, marchaba a grandes zancadas para ver que era lo que se le ofrecía a su necio padre. Resulta que para colmo de males doña Esthercita, la bromosa y rubicunda ciega, se encontraba enferma y cada ocasión que se le ocurría ir al excusado, don Ramón solicitaba la necesaria y eficaz ayuda de su hijo para poderla levantar de la cama. Aquella mujer era una llave descompuesta, suposición pensada por mí, dadas las frecuentes llamadas a Sebas.

Por fin, en un clarito de la jornada, sigilosamente y con

disimulo me preguntó casi al oído —¿entregaste el encarguito?— sí, —respondí en susurro— desde el miércoles: —Gracias, muchas gracias, Carlitos— dijo casi cantando y siguió cortando el pelo con más bríos que nunca al caballero sentado en el estrambótico y ruidoso sillón.

Estaba reflexionando sobre el problema que sin quererlo había tomado posesión de mí, cuando todos nos levantamos horrorizados de nuestras sillas al oír unos gritos desaforados que venían del interior de la casa. Como torbellino nos arrojamos hacia dentro pues las exclamaciones de dolor amenazaban con rompernos el tímpano y aunque no era el preciso momento de comparaciones, en una fracción de segundo, aquellos terribles alaridos mentalmente los asocié con los gruñidos producidos por un cerdo atorado en alguna cerca. Al llegar al cuarto acompañado de Sebas, amigos y parroquianos, el espectáculo no podía ser más dramático: doña Esther se había caído de la cama y tenía materialmente apachurrado a su esposo, quien perdió el conocimiento al momento de acercarnos a prestar auxilio. Doña Esther toda conmocionada y sofocada destilando chorros de sudor, buscaba a tientas sus gruesos anteojos despreocupándose, dado el susto, de cubrir aquellas moles de carne que descubría su bata, haciendo un mutis a la impudicia.

Era tanta la confusión que de no ser por la fortaleza de uno de los hombres, que, saltándoseles las venas del cuello, en un esfuerzo sobrehumano, logró medio levantar a Esthercita, salvando así, en consecuencia, al padre de Sebastián, que milagrosamente no había muerto por asfixia. De inmediato y dado el lamentable estado de don Ramón, corrimos por el Doctor mientras algunos proporcionaban los primeros auxilios.

Pronto la alarma cundió entre el vecindario y para cuando regresamos jadeantes al lugar de los acontecimientos, aquello era una verdadera romería, ya que pretender entrar era un imposible; así, que atravesamos la calle y nos internamos en la frondosa alameda que aún no estaba formada, como posteriormente, en un gran parque, pero que tenía en ese instan-

te toda la salvaje majestuosidad de lo natural. Hileras de álamos, nogales y fresnos daban a aquel paraje un encanto imponente y embrujador. Ese bosque estaba desaliñado, descuidado, aún no venía el tiempo de arreglarlo, amputarle muchos de sus árboles y convertirlo en un jardín, que luego, a pesar de su hermosura plástica, me pareció en su formación igual y simétrica, un tanto monótono e insípido.

La alameda era el sitio favorito e ideal para jugar a los escondites. Se marcaba convencionalmente una área y so pena de no salirse de ella, entre arbustos, rocas y árboles, trepábamos como ardillas por todos los obstáculos con el afán de encontrar el escondite apropiado. No hay seguramente quien no recuerde con nostalgia la alameda de su lugar.

Las alamedas han sido sitios de encanto, pero también de tragedias. De grandes amores y grandes decepciones. Aquellos árboles majestuosos que oxigenan la ciudad, imperturbables ante el devenir del tiempo, contemplan con serena ironía la diaria comedia humana...

XI

Todas las noches en la esquina del barrio se aparecía como de casualidad don Sebas muy limpiecito, rasuradito y bien engomado del cabello. Se detenía a platicar con nosotros el par de horas que nos autorizaban en nuestras casas, pero sus ojos no nos acompañaban pues estaban taladrando la esquina de enfrente, lugar donde acostumbraban reunirse las muchachas. Al principio casi pasó desapercibido sin llamar la atención de nuestros padres, pero luego mi observadora madre me preguntó una de tantas noches cuál era el objeto de la presencia de Sebastián en la esquina. Aunque yo lo sabía, preferí decirle una blanca mentira antes de revelar el verdadero motivo de las visitas del enamorado figaro. Sebas después de atender a su padre que seguía malo, se daba la vuelta a la manzana y se detenía dizque a conversar con la palomilla pero muy alerta con lo que acontecía enfrente.

Como las muchachas ya sabían que aquel inocente se las "pelaba" por Graciela, al notar su presencia empezaban

BIBLIOTECA INVERSIÓN

a corear: Graciela, Graciela, Graciela, y la muy coqueta lanzaba un beso con la mano al sitio en que se encontraba Sebas, quien lo recogía con el pensamiento y lo atesoraba en el corazón. Nosotros, ya sabedores de un secreto a voces, por nuestra parte guardábamos las apariencias para no ahuyentarlo. Una noche acabando de llegar Sebas y después de aventarle el consabido beso, Graciela corrió al encuentro de su adorado Roberto, el chofer de camión, que por desgracia llegó de improviso esa ocasión. Don Sebas se restregaba los ojos ante lo que consideraba increíble y todavía tuvo que soportar ver que al dar la vuelta la pareja en la esquina, entre las sombras de los árboles, los dos jóvenes se entrelazaban sus cinturas y unían sus bocas en un gran beso. Las muchachas irrumpieron en carcajadas burlándose del pobre Sebas, entre tanto que mis amigos indiferentes ante el dolor ajeno, iniciaban un juego intrascendente. Sebastián se fue de inmediato pero no pudo ocultar —cuando menos para mí— sus ojos inundados de gruesas lágrimas. Al volverme, lo vi alejarse lentamente con su cabeza baja, trastabillando los pasos, tal como si estuviera borracho. Sólo Dios sabía la tragedia interna que se desarrollaba en aquella alma ingenua y buena. Por una coincidencia del destino o por haberlo así acordado, esa misma noche Graciela desapareció huyendo de su hogar, e iniciando también su carrera pendiente abajo.

Posteriormente y por chismes que partían de las mismas amigas de Graciela, se supo que en Guadalajara al vender el camafeo obsequiado por Sebastián y esperando que le dieran una bicoca se quedó pasmada al conocer el altísimo valor de aquella valiosa obra de arte, a pesar de la depreciación que naturalmente hizo el comprador. Con aquel capital vivió y gozó a lo grande una temporada corta en compañía de su Roberto, que inexperto y vicioso, dilapidó rápidamente lo que hubiera sido una sólida base para aquel matrimonio que no llegó a consumarse y sólo le quedó a la pobre muchacha el lastre del alcoholismo, antesala del camino hacia la prostitución. A pesar de ser un chamaco en esa época, no pude olvidarme del suceso, pero sobre todo de aque-

llas caras de los padres de Graciela; gentes buenas, honradísimas, trabajadoras, a quienes les quedó un hondo surco en las penalidades del alma y unas ojeras eternas en sus ahora para siempre tristes rostros. Si no hubiera sido por Javier, aquellos desventurados habrían muerto prematuramente. Aquel jovencito, a pesar de su corta edad, sabiendo e intuyendo la hondísima mortificación causada por su desgraciada hermana, se dedicó a distraer en todas las formas imaginadas a sus queridos progenitores, para ahuyentarles el fantasma que se quería anidar en sus mentes. Tal era su empeño que, ordenarse sacerdote fue un pequeño paso de transición que honró a sus padres y lo dignificó a él.

Volviendo a Sebastián, como los males nunca vienen solos, tuvo que afrontar un nuevo y grave problema, su padre se moría irremediamente y sus días de existencia estaban, según el médico, contados. Y allí, al lado de su enfermo estaba pegado el fiel y buen hijo, rumiando su dolor y templando su resistencia emotiva ante lo inevitable...

XII

A través del patio se colaron con presagios de muerte los gritos histéricos de Esthercita, que aún no viendo, miraba a través de los oídos presintiendo la fatal cercanía de la parca. Apresuradamente seguí a mi madre cruzando la pequeña huerta, movido más por la curiosidad que por la piedad. A cada grito se me "enchinaba" el cuerpo, pero, repito, aquellos horribles aullidos me causaban más que dolor, una morbosa hilaridad. No me explico por qué no sentí ni siquiera compasión y si Sebas no hubiera estado de por medio, ni la agonía de don Ramón ni los lloriqueos de su esposa, hubieran podido de veras conmoverme.

Los rumores y cuchicheos de los vecinos y familiares haciendo rueda en el patio, se confundían en curiosas mezclas del lenguaje, no entendiéndose concretamente nada de lo que hablaban. Parecían abejas enloquecidas zumbando alrededor del panal.

Al llegar el cura, la gente no cabía y se apretujaba en el cuarto del moribundo por lo que el sacerdote se vio en la necesidad de ordenar que se salieran al corredor, pues iba a confesar a don Ramón y precisaba quedarse a solas con él.

Como un autómatas salió Sebastián de la habitación encaminándose hacia su humilde cuarto; como nadie lo acompañaba, yo lo hice tomándole en un impulso que me salió de adentro, una de sus manos. Sorprendido se volteó a verme con sus grandes y saltones ojos desmesuradamente inflamados y enrojecidos y al observarlo, sentí tanta pena por él, que casi sin darme cuenta, mis ojos se empañaron con velos turbios y comencé a llorar; sí, estaba llorando al palpar de cerca el sincero y auténtico dolor de aquel buenísimo hombre. Calladamente se acercó mi madre posando suavemente sus lánguidas manecitas en mis hombros, como si con aquel contacto me transmitiera un silencioso mensaje de solidaridad y ternura en mi espontánea acción.

Una vocecilla pillona reclamaba con urgencia a Sebastián desde los umbrales del cuarto de don Ramón: —Sebastián, chillaba la vocecita— te llama el padre Juan.

A grandes zancadas se acercó el hijo adolorido introduciéndose con el sacerdote hasta la propia orilla de la cama del moribundo.

—Sebastián, —dijo el eclesiástico— tu anciano papá, en artículo mortis se ha confesado y ha recibido de mis manos la extremaunción; como su estado es gravísimo y casi no puede hablar, quiere que te acerques a su boca pues desea hacerte algunos encargos.

El atribulado peluquero rápidamente puso su grande oreja, presto a escuchar los últimos mandatos de su tirano progenitor. En ese instante una flema hervía en la garganta y hubo necesidad de levantar la cabeza de don Ramón para que la expulsara y con tal motivo la gente ávida de curiosidad se arremolinó alrededor de la cama y entonces aquel viejo agonizante, casi gritando tartajeó desesperado: —quiero que te cases con ella. —¿Con quién papá? preguntó angustiado Sebas —con ella, porque yo le di palabra de matrimonio y no se lo cumplí. —Sí papá, sí papá, pero con

quién? —¿Con Esther! ¡Con Esther! —vomitaba en estertores el anciano haciendo esfuerzos sobrehumanos.

Como un eco de repetición la noticia oída por todos, levantó un verdadero alud de comentarios, protestas y risas, que le restaron seriedad al trance mortal a que de inmediato pasó don Ramón, dejando por fin sus oídos sordos a los espeluznantes chillidos de Esthercita que, adolorida por la muerte, o atormentada por la inesperada petición, aumentaba el volumen de sus berridos.

La muerte sellaba un compromiso y daba como única herencia al inesperado y atónito novio, a una robusta esposa de tercera o cuarta mano...

XIII

Era la temporada de lluvias y el quinto día que incesantemente caía del cielo aquel preciado líquido, tras una agobiante sequía prolongada por varios años. Este día que jamás olvidaré, fue el escogido por las vecinas y comadres para casar a Sebastián con Esther y cumplir así con el mandato póstumo del difunto don Ramón. La ceremonia la ofició el mismo sacerdote que le dio la absolución, de tal manera que en mi mente de jovencito, no cabía tal monstruosidad, pues las mismas manos que desataron del ombligo de este mundo a don Ramón, por un mero capricho satánico de éste, iban a a atar para siempre a su único hijo con una mujer que podría ser no sólo su madre, sino su abuela, toda achacosa, fea, gorda, miope, enferma, latosa, pero eso sí, presumiendo de vestido blanco indiferente a los dardos venenosos de las boquitas siempre comunicativas de mis amables y recordadas vecinas. Decía que aquello me parecía una comedia y sentí un odio atroz contra el Padre Juan que muy profesional y solemne, ponía toda la elocuencia de que era capaz en sus palabras, como si estuviera realmente casando a dos adolescentes enamorados. El sabía muy bien y Dios de seguro se lo reprocharía, que estaba cometiendo un verdadero cri-

men al matrimoniarse a la fuerza a un pobre hombre, sumiso y obediente hasta el sacrificio.

La lluvia arreciaba y amenazaba con entrar por los vitrales sacudiendo violentamente las ventanas y puertas. Lo que había sido agua mansa era ahora una verdadera catarata acompañada de truenos y relámpagos. Al compás de esta sinfonía siniestra e infernal, Sebastián tomaba como esposa para toda la vida a la amante de su padre. Esther lloriqueaba de emoción, derramando el rimel que en cantidades fabulosas se había embadurnado en sus pegajosas pestañas. Se veía tan monstruosamente ridícula con su vestido de tafeta blanco que parecía un tamal con pasas que le brotaban de los ojos.

A la hora de las felicitaciones aquella dama gorda, ahora convertida oficialmente en señora, seguía llorando quizá de arrepentimiento o tal vez de gusto, la verdad no se sabía, pero al mirar a través de los gruesísimos cristales de los lentes, sus enormes ojos de ternera a medio degollar, acusaban un chispazo de alegría. ¡Entonces pues, la bribona estaba contenta con el cambio que el destino le deparaba de trocar al padre por el hijo!

La ceremonia había concluido y aún llovía a cántaros. Las calles eran unos verdaderos ríos imposibles de cruzar. Las bestias de tiro estaban inquietas como oliendo la tragedia que se avecinaba relinchando enloquecidas.

A duras penas y nadando materialmente salimos del templo que se encontraba a sólo una cuadra de la casa. Esther era un objeto difícil de manejar por su voluminosidad, cayendo a cada instante al suelo, arruinándose su peinado, su vestido y también sus rollizas rodillas. En medio de aquella tempestad entre las luces moradas de los relámpagos, todos los invitados y testigos de la boda, luchaban a brazo partido para dominar a los caballos que asustados escapaban desbocados, quedándose algunas de las personas a pie y quienes olvidándose de los animales se dirigían apresuradamente a sus casas completamente empapados.

Un rumor sordo y luego un gran estallido fue el comienzo del final. —¡La represa, la represa, se ha reventado!

Las voces aquellas estaban preñadas de un pánico aterrador. El drama de la inundación se iniciaba...

XIV

Aquel fatídico día del casamiento de Sebastián amaneció lloviendo en una forma más pertinaz que los días anteriores, aumentando gradualmente la fuerza de la lluvia hasta convertirse finalmente en un verdadero chubasco.

Serían las once y media de la mañana cuando recién concluida la ceremonia religiosa, se escuchó a lo lejos un fuerte ruido que retumbó en la bóveda de la iglesia. La represa, la nueva represa, casi recién construida, no pudo soportar la fuerte presión a que se vio sometida y tuvo que rajarse abriendo sus brazos de cemento y fierro, para soltar en forma desordenada y tempestuosa el caudal que contenía en su vientre. Casi al instante, todas aquellas tierras bajas aledañas, tomadas por sorpresa, se vieron cubiertas por la gran avenida sepultando a sus moradores y arrasando implacablemente todo aquello que se atravesaba en su paso impetuoso.

Al principio, entre gritos desesperados y confusos escuchábamos los ayes inútiles y angustiosos de las víctimas, los lastimeros balidos de las ovejas, los desgarrantes ladridos de los perros, el imperioso cacaraqueo de las gallinas y una serie interminable de explosivos ruidos extraños y sordos como de casas desplomándose y sacudiéndose violentamente y los agudos y espeluznantes chillidos de los alambres eléctricos que chicoteaban sin gobierno silbando por los aires un lúgubre canto de muerte.

Por un verdadero milagro nuestro barrio no fue inundado por encontrarse más alto que el resto de la población, pero obedeciendo al aviso apremiante del instinto de conservación, toda la familia, incluyendo a los animales domésticos, nos trepamos a la azotea de la casa, divisando a lo lejos la gran cresta de la creciente, que en forma aterradora, como una guadaña gigantesca, venía segando vidas por centenas.